

Retiro 14 de Agosto de 1970

Primer acto

PERDÓN DE LOS PECADOS

Yo quisiera que el Retiro fuera poner los ojos en el momento actual de nuestra vida, que tiene un problema planteado: el problema de la santidad, de la que depende nuestra salvación. Sin perder de vista esta estrella polar de nuestro cielo, donde está Madre¹ esperándonos, y nuestro Maestro divino, Cristo Sacerdote, preparándonos el lugar. No perdamos el tiempo de la tierra, de cuyo aprovechamiento depende el cielo, esto es, el grado de amor con que eternamente amaremos al Señor.

Como introducción, parece oportuno recordar el plan de Dios, desde toda la eternidad, y para toda la eternidad. Dos expresiones que nos dicen a nosotros algo muy serio, ya que somos hijos del tiempo. El tiempo que es nuestra vida nos da la lección de lo que es: caduco, perecedero, tiene fin, tiene término, y al fin y al cabo se acaba... Y todo esto que es tan real nos está por dentro causando la impresión de que nosotros no hemos sido creados para el tiempo, sino para la eternidad. Sentimos que se termine, no porque sintamos que esto acabe –muchas veces hasta lo deseamos–, sino porque en el fondo hay una ansiedad inmensa de la amplitud de la eternidad.

Desde toda la eternidad y para toda la eternidad es forma de expresar muy en plan «tiempo», como si «desde toda la eternidad» fuese un principio muy lejano, y como si «para toda la eternidad» fuese un fin muy remoto, lejanísimo; y no hay tal. Es ahora, todo junto, y siempre ahora.

DIOS ES AMOR (1Jn 4,8). Pero al ser Dios hay que aplicar siempre dos adjetivos: infinito y eterno. Amor infinito, sin fin, no tiene límite. Y al decir eterno, nos referimos a eso mismo, pero en orden al tiempo: eternamente ha sido Amor, eternamente es Amor, eternamente será Amor. Nunca olvidemos esto para no empequeñecer la grandeza de ese Dios que es Amor infinito y eterno.

Dios obra siempre en virtud de ese amor, está siendo amor viviente. Nunca conociéndolo en la tierra, pero penetrando a nuestro modo en esa vida íntima y

¹ Para referirse a la Virgen, D. José M^a utiliza el cariñoso apelativo de «Madre»

misteriosa de la Santísima Trinidad, vemos que el Padre no hace más que amar al Hijo, y el Hijo no hace más que amar al Padre, y ese amor es el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo por vía de amor.

Y Dios, que es así y que vive así en su misteriosa Trinidad Santísima, constituyendo eso su felicidad, siente como una necesidad –tenemos que apelar a esta expresión sin ser exacta, que Dios no necesita de nadie ni de nada–, como una exigencia amorosa de hacer a otros, distintos a Él, partícipes de su amor. La creación es obra de amor.

Podemos ver todo aquí en la tierra –y os aconsejo que simplifiquéis vuestra vida espiritual lo más posible– a través de esta realidad. Y ya contemple la belleza de ese bello cielo de noche serena, con el misterio de esos astros inmensos en grandeza, en luz, en velocidad, en millones de años de existencia; ya contemple la insignificante florecilla silvestre, que pisamos sin darnos cuenta, –¡qué maravilla de pétalos!, ¡qué color que no podrá jamás copiar la paleta del mejor artista del mundo!–, todo esto lo ha hecho ese amor del Señor, para hacer bello, hermoso y feliz a alguien que no sea Él.

Entonces, esto es a su vez una prueba del amor que Él me tiene, porque yo aparezco como su objeto concreto, personal, individual, la gran obra de esa creación. Al ser hijo del tiempo, no soy realidad desde toda la eternidad mas que en el pensamiento y en el corazón de Dios. Pero me da un ser que Él crea, donde no interviene nadie del mundo: es el alma, que la crea espiritual e inmortal, para toda la eternidad; y el espíritu, para ser en verdad a imagen y semejanza de Dios. ¡Qué cosa más bella!

Desde toda la eternidad escogió un mundo entre los infinitos que pudo crear, y no sabemos si ha creado más y no sabemos si creará después de este más, ¡si esto es inmenso! Y en ese mundo creado, porque ya estaba loco de amor por mí, quiso crearme, para hacerme partícipe de la posibilidad de retorno de mi amor hacia Él. Yo soy la gran prueba del amor que Dios me tiene. Y no quiere más que una cosa: que le devuelva amor. Y quiere eso precisamente para que yo eternamente disfrute en el cielo de la misma dicha que Él tiene: el amor. ¡Pero qué plan de Dios!

Y en este mundo que conocemos y vivimos, vemos que el pecado del hombre ha “forzado” a Dios a permanecer en su plan, restaurándolo todo y reconstruyéndolo todo. Dios que no se da nunca por vencido en plan de amor, y que nadie le ganará en generosidad, inventa el resorte de arreglarlo todo, saliendo todo ganancioso, a base de una redención con la sangre de su propio Hijo hecho hombre, para garantizar de nuevo

una salvación a esos hijos que eran suyos, pero que le fueron arrebatados por el pecado. «¡Oh feliz culpa!».

Entonces, yo me planteo este triple problema: yo soy ese pecador, que tengo que garantizarme una salvación mediante una santidad en el tiempo, camino de la eternidad. Yo tengo que ser el protagonista, con la gracia de Dios, de una conversión, de una santificación y de una salvación.

No deja de ser también bonito ver qué maña se ha dado el Señor para hacer ese plan, si puede ser, aún más bonito. Porque antes era llevar al cielo a almas que no habían nunca pecado; pero ahora: «Así amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito» (Jn 3,16). Y así amó Cristo al mundo que le dio la mayor prueba de amor que es dar la vida. Esto no existiría si no hubiera habido pecado.

¡Ah! entonces, Señor, ya no sabe uno qué pensar, qué es lo mejor. Lo mejor, Señor, es tu plan, reconocerlo, aceptarlo y sobre todo colaborar con él: mi conversión, mi santificación, mi salvación. Dicho de otra manera: perdón de los pecados, santidad de vida, perseverancia final.

Perdón de los pecados, tema para meditarlo de vez en cuando mientras en la vida peregrinemos hacia el Padre. En primer lugar, reconocer que somos pecadores, y no olvidarlo nunca. Y tener siempre presente que podemos pecar, aunque nos creamos algo más arriba de la séptima morada, ya que no estamos confirmados en gracia. Si de esto sacara el alma un sentimiento aplastante, sería sacar las cosas de quicio porque no es ese el plan de Dios, siempre amor.

Hay frases de la Escritura que nos hacen pensar: «con ese santo temblor de nuestra flaqueza y miseria trabajemos nuestra santidad» (cf. Flp 2,12). «y el que está en pie piense que puede caer» (1Co 10,12), porque a nadie se le ha asegurado el cielo. La tierra es lugar de mérito mediante esa generosa colaboración, y con la gracia sale victoriosa el alma. Pero victoriosa porque pudo caer; si no, no habría victoria.

¿Qué sentimiento, entonces, debe producirnos? Una suave humildad. Saber que somos así, que somos pecadores, que somos nada, que somos miseria, que podemos faltar. Y que es normal en la vida; y que cada día tiene su fardo de miseria, de imperfecciones, de defectos. Una humildad que tenga en el fondo, con mucha paz, el triple sentimiento propio del alma pecadora: un dolor suave, un arrepentimiento

tranquilo... Pero con un firme propósito de enmienda, aunque caiga luego otra vez. No importa, no importa. Hay que partir de esta realidad; que el Señor, al partir de ella, determinó la Encarnación para hacer la Redención. No determinó la aniquilación, como castigo al pecado de la humanidad, ¡no! Todo lo contrario. Siempre el amor del Señor.

Asimismo, conocernos. No andar por las nubes, no andar con sueños y quimeras muy bonitos, que por otra parte nos pueden estimular y alentar... Sino conocernos y ver cuáles son nuestros defectos, sobre todo aquellos que entorpecen el camino hacia la santidad. Y poner siempre empeño en corregirlos, sin descanso, sin tregua, con afán de extirparlos.

Todo esto es la realidad del camino que hemos de llevar, arrancando de nuestra conversión que ha de ser toda la vida. Aquello que decía santa Teresa de Jesús, que, aunque estemos en las alturas de una vida de alma enamorada, de desposorios sagrados, nunca olvidar el propio conocimiento.

Saber, y convencernos de ello, que esto no tiene solución sino por un camino que cuesta. Quizá hoy se olvide este problema: el camino de la abnegación, el camino del vencimiento, el camino del dominio. Lo que llamamos llevarnos la contraria. Decimos, es mi genio... y echamos la culpa al prójimo. Y lo que yo tengo que hacer es soportar con paciencia el genio de los demás; pero no lo puedo hacer con mi genio, y no tengo más remedio que tragar saliva y sonreír por fuera... Que no hay santidad sino a base de esto. No nos perdamos en las alturas de éxtasis y moradas altísimas. No, no: esto hasta el último instante de nuestra vida, siempre. “¡Ay!, pero esto es insoportable...” No, de esto habría mucho que hablar. Si enfocamos las cosas como debemos enfocadas, esto no solamente no es insoportable, sino que es el alimento de nuestro amor, son las pruebas de nuestro amor: “Señor, para que veas que te amo, quiero arrancar de mí lo que no es amor para ti. Y venga el vencimiento y el dominio, la abnegación y la contrariedad para ser más como Tú”. Sí, todo es brillante, todo es trasparente y hermoso.

Jamás desalentarnos por las caídas. ¿Sabéis por qué? Porque el desaliento ante las caídas, el decir: “no es para mí la santidad”, entre otras muchas cosas en el fondo es amor propio. ¿Y quién sabe si precisamente la medicina mejor contra esa enfermedad del amor propio son las caídas? Para que matemos el amor propio, que es lo que está estorbando, puede ser que en el plan del Señor entre el admitir esas caídas que fomenten

la humildad. Con paz, serenidad, tranquilidad, que no son santos los que nunca cayeron, o nunca caen, sino los que siempre se levantaron y siempre se levantan.

Como epílogo. Todo esto lo debemos ofrecer mirando siempre a través de este gran plan de Dios: el amor. El pecado, el defecto consentido, la imperfección culpable, es un fallo de nuestro amor. Nuestra conversión debe ser una vuelta al amor. Y jamás, dudar, antes bien, siempre confiar en el amor del Señor. Esto es fundamental, nunca salir de esa área del amor, si salimos de esa área es que nos colocamos ya en un plan que no es el de Dios. Nuestra soberbia, nuestra rebeldía, nuestro... no, no, no, Dios nos sigue amando, Dios nos sigue prometiendo la gracia de santidad para conseguir después la salvación, Dios nos sigue esperando en el cielo. Durante toda nuestra vida debemos fomentar estos sentimientos de conversión, de dolor de pecados, pero con la suavidad del amor. Amor que llora el pecado, amor que confía en el perdón, amor que en fin de cuentas santifica;

Que el Señor nos conceda la gracia de este primer paso en el plan de amor de Dios: el perdón de nuestros pecados y la conversión de nuestra vida, para garantizar la santidad que asegure con la gracia del Señor, una perseverancia final. Que esto es el cielo donde está Madre en cuerpo y alma, esperándonos con amor maternal.

Segundo acto

SANTIDAD DE VIDA

Nos toca meditar sobre el tema: santidad de vida.

Me atrevo a decir que el mejor don que el Señor puede conceder al mundo es un santo. Y la mayor pena que el alma debiera tener es no ser santo. El santo es el que mejor responde al plan divino, por correspondencia de amor. El santo es la joya, el tesoro de la humanidad.

Si el mayor don que Dios concedió al mundo fue su Hijo, la categoría de los santos va engarzando el rosario precioso de los dones de Dios al mundo, encabezados por la Virgen: la que llamamos, no santa, sino Santísima Virgen María. Y con Ella, Reina de

todos los santos, todas las almas que han sabido corresponder a ese amor del Señor. Carecer de santos no es porque Dios nuestro Señor no ha amado; responsable es el hombre.

Dios es santidad por esencia. Dios es Amor. Y la santidad será amor de Dios comunicado por Él y participado por nosotros.

Quitamos de ese concepto de santidad todas las ideas más o menos peregrinas y algunas posiblemente un tanto erróneas y equivocadas; quitamos toda la altura inaccesible de la santidad, suavizamos todo el rigor que requiere la santidad verdadera (que no se puede dar sino a base de abnegación, de vencimiento, de dominio, de llevarnos la contraria, ¡cuidado!, no intento yo ahora negar la afirmación de esta mañana). Entonces, la santidad, resulta sabrosa al alma. Todo ese montaje, todo ese andamiaje, que a veces nos armamos, verdadero laberinto en el alma, de tantas cosas necesarias para ser santos, se reduce a que Dios nos comunica su amor y nosotros participamos de ese amor.

Santa Teresa de Jesús decía con esa frase rotunda suya: «Sólo Dios basta», «quien a Dios tiene nada le falta». Y san Francisco de Asís, otro gran corazón: «Dios ES». Y nada más. Dios existe, hay Dios y llena del todo al alma.

El hombre puede vivir su vida llena de ese amor que se le comunica, sumergiéndose en ese amor y viviendo conscientemente la dulzura de ese amor. Eso es santidad de vida. Esto supuesto cabe preguntar: ¿Quién no quiere ser santo?

Y este es el primer paso: desear ser santo. Pero un deseo que no sea más o menos azucarado, que nos engolosina. No se trata de un tema de estudio más o menos teórico, sino de una realidad vivida. Mi santidad en mi vida. No puedo perder de vista las circunstancias de mi vida, que es breve, que es corta, para lo que es una eternidad.

Entonces la palabra santidad tiene que ir acompañada de esta otra palabra: con rapidez, con prontitud. No podemos perder un instante. El deseo de ser santo tiene que envolver el deseo de serlo pronto. Si no, no sería eficaz ni contundente. Podía quedar retrasado para el fin de la vida, y ésta esfumarse; y no sería santidad de vida, sería algo así como quien entra por la gatera, porque Dios se compadeció y lo llevo al cielo, pero, ¡qué pena de vida! No fue llena.

Otra circunstancia que no podemos olvidar es que estamos llenos de la gracia del Señor, de privilegios extraordinarios: una fe en la cual hemos vivido (que no acabamos de apreciar el don de la fe); una vocación que hemos recibido, regalo delicadísimo por parte del Señor; una perseverancia en esa vocación, porque pudimos decir no, pero el decir sí, siendo acto libre y meritorio por parte nuestra, supone por parte del Señor una gracia misteriosa... Todo esto hace que nuestra vida sea de predilección. Nos ama el Señor con locura,

Este amor de Dios a mí me está obligando mucho. Yo no puedo conformarme con salvar mi alma. «Aunque no hubiera cielo yo te amara...» Esta circunstancia concreta de mi vida me está exigiendo una gran santidad. Mi deseo tiene que abarcar tres cosas: santidad, pronto y grande, por el camino del amor.

El camino del amor no es cómodo cuando empieza a exigir y pide correspondencia; puede llegar hasta la cruz del Calvario, y debe llegar, que «amor con amor se paga». No es más fácil en sentido de azucarado, sino que es el más fácil en cuanto no tiene complicaciones. Es el más seguro. Y además, es el único verdadero. Los grados de santidad se medirán siempre, no por los grados de dificultad de la obra, no por el tiempo dedicado a esa obra, sino por los grados de amor puestos en esa obra, en esa vida.

Un poco más. Este deseo de ser santo se apoya en dos principios: en que puedo serlo y en que debo serlo. Cuando yo me percató que ese deseo es precisamente sobre un algo extraordinario: la santidad, el amor de Dios poseído y correspondido, esto me estimula enormemente. ¿Cómo no desearlo? Y debo, debo ser santo. Naturalmente, si no pudiera, nunca sería un deber. Puedo precisamente porque Dios lo quiere.

Él lo quiere de tal manera que me da siempre la gracia que me hace falta. Él no solamente no abandona si no es abandonado, sino que, aunque yo le abandone, Él seguirá sin abandonarme a mí. ¿Qué es el hijo pródigo? ¿Qué es la oveja perdida? ¿Qué es el buen pastor?

Es un dogma de fe la voluntad salvífica de Dios, que quiere que todos se salven. La redención fue universal. Todos somos pecadores, todos quedamos redimidos. No sueño en quimeras, cuando sueño en ser santo y pronto y grande; sueño en realidad que tiene que plasmarse en mi vida.

Pero es que además tengo un acicate: no el peso aplastante de una responsabilidad, sino las alas que me da el deber. No he de olvidar el gran mandamiento: «Amarás a Dios» (cf. Dt 6,5). Yo debo cumplir el mandamiento, yo debo amar a Dios. En justicia, reclamado por el mismo amor de Dios, debo responder con amor. Él nunca me faltará, siempre tendré su ayuda y su gracia.

La santidad, esencialmente, será la unión de mi voluntad con la del Señor. Esto es, hacer siempre la Voluntad de Dios. De aquí –insisto– la fuerza del amor que envuelve siempre decir «fiat». Aquella frase del Maestro divino, refiriéndose al Padre: hacer siempre lo que Él quiere, lo que a Él le agrada (cf. Jn 8,29), pero cargados de amor, rebosantes de amor, derrochando amor.

Puedo y debo ser santo, porque Dios me ha creado para disfrutar de ese amor que es la santidad, que es Dios. En la tierra, con la posesión de la gracia santificante: Dios en mi alma, mi amor en Dios. Y en el cielo, eternamente amándome Él y yo correspondiendo a ese amor, por los siglos de los siglos.

La conclusión es bien clara: Quiero ser santo, puedo ser santo, debo ser santo. Hay que renovar constantemente este propósito, tantas veces por lo menos, cuantas veces exija el levantarnos del pecado, que es conversión al Señor, que es santificación.

Con añoranzas del cielo. No solamente por Dios, sino por Madre que está allí esperándonos, para estar con Ella cantando el cántico de amor a Dios por toda la eternidad.

Amar, vivir siempre amando, es nuestro ser y nuestro destino: el cielo, la región del eterno amor, donde está Madre en cuerpo y alma, cuya Asunción nos tiene que endulzar las lágrimas de este destierro. También nos tiene que empujar a confiar en el perdón de nuestros pecados, pero sobre todo a lanzarnos a velas desplegadas hasta las alturas de la santidad de vida. Ella, que rogará por nosotros en la hora de nuestra muerte, nos alcanzará la perseverancia final,

«Que no he nacido para el suelo, que es morada de dolor, que he nacido para el cielo, que he nacido para Dios», que es amor. Demos gracias al Señor y correspondámosle haciéndonos dignos de esa perseverancia final que nunca la mereceremos, pero que por eso mismo la tenemos que pedir constantemente. Así sea.